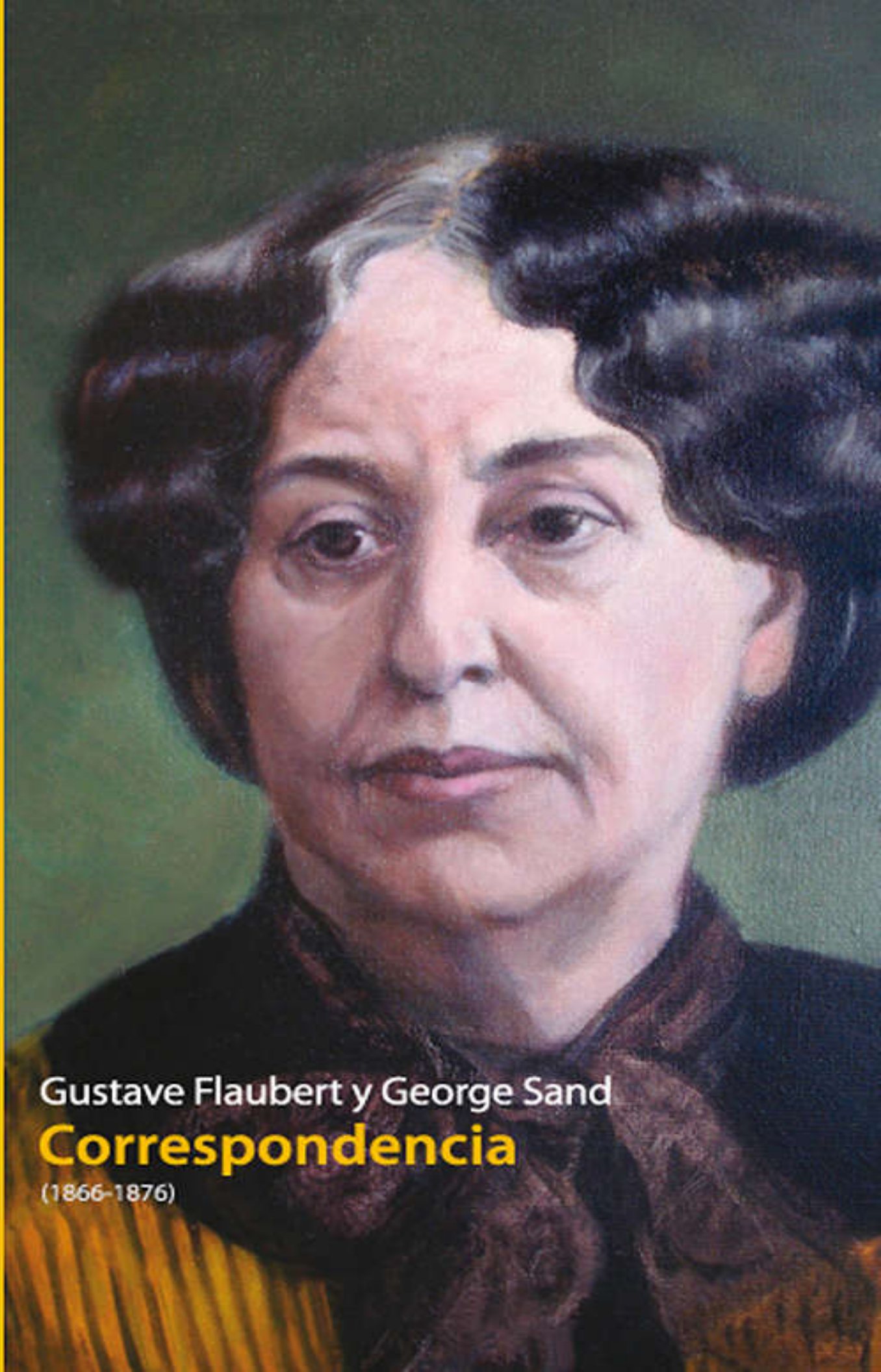

Gustave Flaubert y George Sand

Correspondencia

(1866-1876)

Gustave Flaubert y George Sand

Correspondencia

(1866-1876)

Es una selección imprescindible de la Correspondencia de Flaubert («Su mejor obra» según André Gide) que constituye un pequeño tesoro literario. Abundante en consideraciones sobre el oficio, muestra la insobornable determinación del autor y su pasión por la escritura. Una pasión a la que resulta imposible sustraerse. «Me pide que le responda con sinceridad a esta pregunta: "¿Debo continuar escribiendo novelas?"». «Aquí tiene mi opinión: Hay que escribir siempre, si se desea. Trabajemos, pues, si nos lo dice el corazón, si sentimos que la vocación nos arrastra; en cuanto al éxito material, grande o pequeño, que podamos obtener, es imposible establecer ninguna predicción. Los más astutos (aquéllos que presumen de conocer al público) se equivocan todos los días». Carta de Gustave Flaubert, 1870. «… creo que la Correspondencia de Flaubert constituye el mejor amigo para una vocación literaria que se inicia, el ejemplo más provechoso con que puede contar un escritor joven en el destino que ha elegido».

Gustave Flaubert & George Sand

Correspondencia

1866-1876

ePub r1.0
Titivillus 12.07.16

Título original: *Correspondance*
Gustave Flaubert & George Sand, 1993
Traducción: Albert Julibert
Ilustración de cubierta: Sylvie Thybert

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

PRÓLOGO

Éste es uno de los libros más bellos que conozco. Y muy posiblemente la correspondencia más bella que haya leído nunca. ¿Posiblemente? Me lo pregunto al pensar en las *Cartas a un joven poeta* de Rainer Maria Rilke, en su belleza soberana, depurada, casi milagrosa. Pero ¿forman realmente una correspondencia? Por su origen, sin duda. Pero ¿acaso en su desarrollo, en su contenido, en su esencia? Sólo se oye la voz de Rilke, fraternal, ciertamente, pero también altiva y solitaria: es como un monólogo sublime, que sólo hubiera consentido, excepcionalmente, dirigirse a alguien en concreto para hablar a todos. Nada de eso hay aquí. Las cartas que se intercambiaron George Sand y Gustave Flaubert (aunque pudieran sospechar que otros, más tarde, las leerían) no se dirigen más que a ellos dos: constituyen, durante trece años (se conocieron tarde), una verdadera correspondencia, con todos los riesgos que ello supone, las interrupciones, las reanudaciones, los relatos, las confidencias, los sobreentendidos, los guiños, las discusiones, los conflictos tal vez, y sobre todo, entre dos escritores de valor desigual y de ideologías opuestas, esa mezcla tan rara de afecto y de admiración, de complicidad y de asombro, de generosidad y de humor, de ternura y de lucidez. El más talentoso de los dos supo reconocer en seguida que el talento no lo es todo, que ni siquiera es lo esencial.

Esta correspondencia no goza, ni siquiera en Francia, de toda la notoriedad que merece. Es un libro para los *happy few*, que uno sólo recomienda a quien lo merece. ¿Literatura? Sin duda, pero también mucho más. Es la historia de un encuentro, de una amistad, entre un hombre y una mujer a quienes todo separa, como un diálogo improbable y fecundo, donde cada uno de los dos protagonistas encuentra, sólo gracias al otro, su verdad más alta, la más necesaria, la más íntima, la más universal. Un hombre, una mujer: él misógino o misántropo a conciencia, gruñón, pesimista, decididamente apolítico, socialmente más bien conservador (no ama ni a los

burgueses ni al pueblo), en definitiva, alguien que no cree más que en el arte —es un prosista de genio— y desprecia todo lo demás; ella humanista, feminista, progresista, incluso utópica o socialista, que ama menos el arte que la vida y menos el genio que la humanidad.

Lo bello es que cada uno de los dos percibe la superioridad del otro, y aún lo ama más. George Sand sabe perfectamente que Flaubert es un escritor más grande que ella, que escribe mejor, que apunta más alto, en literatura, con una exigencia de la cual ella se sabe y se ve incapaz. Flaubert, inversamente, no deja de constatar la superioridad humana de George Sand: ella vive mejor que él, cosa nada difícil, ama mejor, siente mejor, actúa mejor… Ella es una mujer muy vital, él es un gran artista. Literariamente, están en las antípodas. Él no se compromete más que con la forma; ella con el fondo. Él desconfía de las ideas, y más aún de los ideales; para Sand, las ideas son las armas para defender los ideales. Él no quiere aparecer en absoluto en sus libros; ella se presente en todos los suyos. Él escribe con dificultad, lenta, laboriosamente; ella hace gala de una facilidad y una abundancia casi exageradas. Él trabaja para la eternidad; ella para sus contemporáneos. Él practica una suerte de desolación literaria; ella cultiva más bien la consolación (son las palabras que ella misma utiliza: «Tú, con toda seguridad, vas a hacer la *desolación*, y yo la *consolación*»). Él no apunta más que a lo verdadero y lo bello; ella los ve ambos al servicio del bien y lo justo. Nuestra época, cínica o desengañada, juzgará a Flaubert como un individuo más lúcido, y reprochará a George Sand su ingenuidad, su optimismo, sus buenos sentimientos. Pero él es demasiado inteligente, demasiado culto, demasiado lúcido, de hecho, como para no percibir los límites de su propio esteticismo, y demasiado generoso, demasiado sensible, aun a su pesar, como para no estar impresionado por la humanidad radiante e incansable de aquélla a quien llama su «querida y amada maestra» y que a su vez lo bautiza como su «querido viejo trovador». En cuanto a ella, no se deja engañar ni por «la sacrosanta literatura» de su amigo, ni por sus propias ideas. Ella vive como puede, como quiere, devotamente dedicada a los que ama, más todavía que a su obra, siempre ocupada, siempre atenta (sí: a la vez activa y contemplativa, es su marca, su singularidad, su genio personal), maravillosamente viva, maravillosamente

profunda y fuerte, sutil y simple. «Una gran sabiduría nos salva», dice ella, lo cual no es una doctrina, sino la vida misma, el amor mismo («hay que apresurarse a amar»), sin la cual todo el resto no es sino literatura, en efecto, y resulta irrisorio. Es la sabiduría del viento («deja, pues, al viento correr un poco entre tus cuerdas»), la misma de Montaigne, la única.

El más idealista de los dos no es ella, como podría parecer. El "realismo" de Flaubert —una palabra, por otra parte, que aborrecía— no tiene sentido si no está al servicio de un ideal estético casi religioso (eso que él mismo denomina su «misticismo estético»). En cambio, el idealismo de George Sand está abierto a la realidad, tanto natural como social, a la vida material, a lo cotidiano, a su familia, a sus amigos, a la humanidad. ¿Qué tienen en común, pues, los dos amigos? Una cierta distancia respecto del ego; pero en él a favor exclusivamente del arte, al menos es lo que desearía («¿qué importa el señor Gustave Flaubert?»); en ella en una unidad más profunda con todo lo que vive y muere («No hay nada más interesante, en mi vida, que *los demás*»). La inteligencia, en los dos casos, se debe al encuentro con lo real. Pero la de Flaubert siempre se subleva; la de Sand es más abierta, más apacible, más serena. Él brama; ella sonríe.

Ella tiene diecisiete años más que él. Quizá eso explique que él la trate de "usted" todo el tiempo, mientras que ella lo tutea al cabo de pocos años. Pero todo, en su correspondencia, indica que hay algo más que esa diferencia de edad: Flaubert, que no comparte las ideas de George Sand, siente sin embargo la superioridad, ciertamente no literaria pero sí humana y espiritual, de su querida vieja amiga. Ella morirá cuatro años antes que él. «Había que conocerla como yo la he conocido —escribirá entonces— para saber todo lo que había de femenino en ese gran hombre, la inmensidad de ternura que se hallaba en ese genio. Ella permanecerá como una de las luminarias de Francia, y una gloria única». Los dos se quisieron amigablemente, pero también con ternura y pasión, y supieron encontrar las palabras, a lo largo de trece años, para decírselo. ¡Qué calidez, qué vivacidad, qué libertad de tono y estilo! Porque también eran dos grandes escritores, y por ello este libro singular alcanza lo universal. ¿Qué nos enseña? Que hay algo más importante que la literatura, que es la vida misma, y el amor a la vida, y el amor a los vivos. Eso le da la razón a

George Sand, y me gusta que Flaubert, sin reconocerlo explícitamente, no lo contradiga. La literatura no ha salvado nunca a nadie. Los grandes escritores lo saben, y eso los salva.

André Comte-Sponville
París, diciembre de 2009.

NOTA PRELIMINAR

Gustave Flaubert y George Sand se conocieron en 1857, poco después de la publicación de Madame Bovary. El bien conocido escándalo provocado por esta obra fue el primer motivo de curiosidad por parte de la escritora hacia la obra de Flaubert, a quien llevaba diecisiete años. Sin embargo, no fue hasta 1863 cuando, al principio de forma muy esporádica, se inició la correspondencia entre ambos escritores. Su amistad se afianzó en 1866; tras haberse visto varias veces en París, a menudo en el célebre restaurante Magny, donde se reunían muchos literatos e intelectuales de la época (los hermanos Goncourt, Renan, Gautier, Turguéniev, Sainte-Beuve, Hippolyte Taine, etc.), George Sand estuvo tres días en la casa de Flaubert en Croisset, cerca de Rouen. Desde ese momento, el intercambio de cartas y el afecto mutuo se mantendría sin mengua hasta 1876, fecha de la muerte de la escritora.

Durante esos trece años, los dos amigos escribieron, según la edición de Alphonse Jacobs (París, Flammarion, 1981), que aquí utilizamos, un total de 422 cartas. De ellas, hemos traducido menos de la mitad. Se ha prescindido del resto por razones como su escaso interés, al ser muchas de ellas breves notas confirmando citas o envíos de libros, regalos, etc.; otras se han suprimido por ser redundantes o por incidir en aspectos literarios o biográficos excesivamente remotos para un lector no erudito. Se ha intentado que en ningún caso la selección impidiera un seguimiento fluido del hilo de la relación epistolar y vital.

La presente traducción se ha hecho con la intención de resultar lo menos visible y lo más legible que pudiera ser. Es por ello que, aun a riesgo de ser tildada de traicionera (más de lo habitual, que ya es bastante), ha prescindido de casi todas las peculiaridades ortográficas del texto original, que especialmente en el caso de Flaubert, no eran pocas. Cuando la intención o la gracia de alguna de ellas era manifiesta (como por ejemplo

una carta en la que el autor se declara “Hindignado”), se ha conservado. Del mismo modo, se ha intentado regularizar la endiablada puntuación de los textos de Flaubert, que a menudo no empleaba los signos más usuales, como puntos o comas, sustituyéndolos por guiones, o simplemente obviándolos.

En cambio, se han mantenido las mayúsculas iniciales con que Flaubert, y alguna vez también G. Sand, escribían palabras como Burgués, Arte o Política (aunque es cierto que lo hacían sin ser constantes ni coherentes en ello, sino más bien al modo de subrayados enfáticos y ocasionales).

Albert Julibert
Barcelona, diciembre de 2009

1. SAND A FLAUBERT

[Nohant, 21 de septiembre 1866]

Regreso de doce días de viaje con mis hijos, y al llegar a casa, encuentro sus dos cartas, lo cual, añadido al placer de reencontrar a la pequeña Aurore[1] fresca y hermosa, me hace del todo feliz.

Y usted, mi benedictino, ¿sigue solitario, en su encantadora cartuja, trabajando y sin salir nunca? ¡Eso ocurre por haber salido demasiado! ¡Eso le ocurre al señor de las Sirtes, los desiertos, el lago Asfaltites,[2] los peligros y las fatigas![3] Y, por otro lado, crea las *Bovary* donde todos los pequeños rincones de la vida son estudiados y pintados con mano maestra. ¡Qué cuerpo tiene que quedarle a uno también tras el combate de la Esfinge y la Quimera![4] Usted es un ser tan aparte, tan misterioso… y con todo dulce como un cordero. He tenido muchas ganas de preguntarle, pero un excesivo respeto hacia usted me lo ha impedido, porque yo no sé jugar sino con mis propios desastres, y lo que un espíritu grande ha debido pasar para producir, me parece algo tan sagrado que no se puede tocar grosera o ligeramente. Sainte-Beuve, quien sin embargo le quiere, sostiene que usted es horriblemente vicioso. Pero quizá él mire con ojos un tanto viciados, como ese sabio botánico que pretende que la zamarrilla tiene un amarillo *sucio*. La observación era tan falsa que no he podido resistirme a escribir en el margen de su libro: *Es usted quien tiene los ojos sucios*. Presumo que el hombre de inteligencia puede tener curiosidades grandes. Yo no las he tenido —falta de coraje— y he preferido dejar mi espíritu incompleto. Pero cada uno es libre de embarcarse en un gran navío a toda vela o en una barca de pescador. El artista es un explorador a quien nada debe detener y que no hace ni bien ni mal marchando a derecha o a izquierda: su meta lo santifica todo. Está en su poder intuir, con un poco de experiencia, cuales son las

condiciones de salud de su alma. Por mi parte, creo que la de usted está en estado de gracia, ya que se complace en trabajar y en seguir solo a pesar de la lluvia. ¿Sabe usted que, en medio del diluvio que cae por todas partes, hemos tenido, excepto algunos aguaceros, un hermoso sol en Bretaña? Un vendaval sobre las playas del océano, bello sin embargo, la gran marejada, y como la botánica de los arenales me entusiasma, y Maurice y su mujer tienen la pasión de los moluscos, lo hemos soportado todo alegremente. Por lo demás, no hay más ilustre engañabobos que la Bretaña. Nos hemos indigestado de dólmenes y menhires, y nos hemos dejado caer por las fiestas donde hemos visto todos los trajes que se dicen extinguidos y que los viejos siguen llevando aún hoy. Y bueno, esos hombres del pasado son realmente feos, con sus pantalones de lona, sus cabellos largos, sus chaquetas con bolsillos en las mangas, su aire embrutecido, medio ebrio, medio devoto. Y las ruinas célticas, sin duda interesantes para el arqueólogo, no tienen nada para el artista, todo está mal colocado, mal compuesto, Carnac y Erdeven no tienen ninguna fisionomía. En resumen, no dejaría mis huesos en Bretaña, mil veces preferiría su Normandía señorial, o, esos días en que a una le arrebata la musa dramática, los verdaderos países del horror y la desesperación. No hay nada, allí donde reina el clero y donde el vandalismo católico ha pasado, derribando los monumentos del viejo mundo y sembrando los piojos del porvenir.

En cuanto a su *féerie*,[5] usted habla de *nosotros*. No sé con quién la ha escrito, pero me digo una y otra vez que debería llevarla al *Odéon*. Si la conociese, no me importaría hacer por usted lo que uno no sabe nunca hacer para sí mismo, dar la paliza a los directores. Algo suyo debe de ser demasiado original para ser comprendido por el gordo Dumaine.[6] Prepare entonces una copia y, el próximo mes, iré, desde París, a pasar un día con usted, para que me la lea. ¡Está tan cerca de Palaiseau, su Croisset! Y yo estoy en una fase de actividad tranquila en que me apetecería ver fluir su gran río y ensoñarme en su jardín, tranquilo todo él, allí en lo alto del acantilado.

Pero yo parloteo y usted se está poniendo a trabajar. Debe perdonar esta intemperancia anormal a alguien que viene de ver piedras, y que ni tan sólo ha olido una pluma desde hace doce días. Usted es mi primera visita a un

vivo, a la salida de una sepultura completa de mi pobre *yo*. ¡Viva usted! He ahí mi *oremus* y mi bendición. Un abrazo de todo corazón.

2. FLAUBERT A SAND

[Croisset, 22 de septiembre de 1866]
Sábado por la tarde

¡Yo "un ser misterioso"! ¡Querida maestra, por favor…! Yo me encuentro, muy al contrario, de una simpleza repugnante, y me disgusta a menudo el burgués que llevo bajo la piel. Sainte-Beuve, entre nosotros, no me conoce en absoluto diga lo que diga.

Le juro incluso (por la sonrisa de su nieta) que conozco pocos hombres menos "viciosos" que yo. He *soñado* mucho y ejecutado muy poco. Lo que choca a los observadores superficiales es el desacuerdo que hay entre mis sentimientos y mis ideas. Si usted quiere mi confesión, se la haré completa.

El sentido del ridículo me ha retenido en lo alto de la pendiente de los desórdenes. Sostengo que el cinismo linda con la castidad. Podremos hablar más sobre todo ello (si el corazón así se lo dicta a usted) la próxima vez que nos veamos.

He aquí el programa que le propongo. Mi casa va a estar abarrotada e incómoda durante un mes. Pero hacia finales de octubre, o principios de noviembre (después de la obra de Bouilhet),[7] nada le impedirá, espero, reencontrarnos aquí, no un día como usted dice, sino una semana, ¡al menos! Tendrá usted su habitación "con un velador y todo lo necesario para escribir". ¿Quedamos así? Sólo seremos tres, incluida mi madre.

En cuanto a la *féerie*, gracias por sus amables ofertas. Le tendré dispuesta la cosa (hecha en colaboración con Bouilhet). Pero la considero un tanto *flojucha* y estoy dividido entre el deseo de ganar algunas piastras y la vergüenza de exhibir una nadería.

Me parece un poco severa con la Bretaña. No con los bretones, los cuales me parecen animales hirsutos, cerdos poco amables. En cuanto a la arqueología céltica, publiqué en *L'Artiste*, en 1858, una broma bastante

buena sobre las piedras oscilantes. Pero no tengo el número y no recuerdo ni siquiera el mes.

He leído, de una tirada, los diez volúmenes de la *Histoire de ma vie*, de la cual conocía más o menos dos tercios, si bien por fragmentos. Lo que más me ha impresionado es la vida en el convento. Tengo sobre ello un buen número de observaciones que hacerle que ya me irán viniendo.

Vaya lluvia, ¿no? ¿Estará usted mucho tiempo en Nohant?

Se hará según el deseo de usted. El mío es volverla a ver. Hasta pronto, pues. Le beso a usted las dos manos, tiernamente, y soy

suyo

Mi madre y yo hablamos de usted todos los días. Ella estará muy contenta de recibirla.

3. SAND A FLAUBERT

[Nohant, La Châtre, Indre, 28 de septiembre 1866]

De acuerdo, querido compañero y amigo. Haré todo lo posible por asistir a la representación de la obra de su amigo en París, y cumpliré mi deber fraternal como siempre; después de lo cual, iremos a su casa y estaré allí ocho días, pero a condición de que no se mueva usted de su habitación. Me disgusta hacer cambiar a alguien de sitio, y yo no necesito tanto montaje para dormir. Me duermo en cualquier sitio, entre las cenizas o bajo un banco de cocina, como un perro de campo. Todo en su casa está limpio y reluciente, así que cualquier lugar vale. Alborotaré un poco con su madre, y charlaremos, usted y yo, muchísimo. Si hace bueno, lo forzaré a salir. Si llueve continuamente, nos coceremos a fuego lento contándonos las penas del corazón. El gran río correrá negro o gris, bajo la ventana, diciendo siempre: ¡Rápido! ¡Rápido!, y llevándose nuestros pensamientos, nuestros días y nuestras noches, sin pararse a reparar en nada de nada.

He envuelto y enviado con *máxima urgencia* una buena copia de un retrato de Couture, firmado por el grabador, mi pobre amigo Manceau. Es el mejor que tengo y no lo he encontrado hasta llegar aquí. He adjuntado una copia fotográfica de otro de Marchal, que también me parece bueno; aunque de año en año, una cambia. La edad da sin cesar un carácter distinto al rostro de las personas que piensan y buscan, es por eso que los retratos de esas personas no se parecen en nada entre ellos y no se parecen a ellas por mucho tiempo. Sueño tanto despierta, y vivo tan poco, que a veces no tengo sino tres años. Pero, al día siguiente, tengo trescientos, si el sueño ha sido negro. ¿No le ocurre a usted lo mismo? ¿No le parece, por momentos, que está empezando a vivir, sin saber ni siquiera en qué consiste, y, otras veces, no siente sobre usted el peso de muchos miles de siglos, de los cuales tiene

el vago recuerdo y la impresión dolorosa? ¿De dónde venimos y a dónde vamos? Todo es posible, porque todo es desconocido.

Abrace de mi parte a la bella y buena mamá que tiene usted. Me ilusiona pensar que estaré con los dos. Intente encontrar esa *broma* sobre las piedras celtas, me interesaría mucho. ¿Habían abierto ya, cuando usted estuvo allí, el túmulo de Lockmariaker y desescombrado el dolmen cerca de Plouharnel? Esas gentes debían de escribir, pues había piedras cubiertas de jeroglíficos, y trabajaban el oro bastante bien, pues se encontraron unos collares muy bien elaborados.

Mis hijos, que son, como yo, grandes admiradores suyos, le envían sus saludos, y yo un beso en la frente, ya que Sainte-Beuve mintió.

¿Tienen ustedes sol hoy? Aquí uno se asfixia. El paisaje está bello. ¿Cuándo vendrá usted?

4. FLAUBERT A SAND

[Croisset, 29 de septiembre de 1866]
Sábado por la tarde

El envío de los dos retratos me había hecho pensar que usted estaba en París, querida maestra. Y yo le escribí una carta que la espera en Rue des Feuillantines.[8]

No he logrado encontrar mi artículo sobre los dólmenes. Pero tengo el *manuscrito* entero de mi viaje a Bretaña, entre mis "obras inéditas". ¡Tendremos para cotorrear, cuando esté usted aquí! ¡Prepárese!

Yo no experimento como usted ese sentimiento de una vida que comienza, la estupefacción de la existencia fresca que eclosiona. ¡Me parece, al contrario, que he existido siempre! Y *poseo* recuerdos que se remontan a los Faraones. Me veo en diferentes eras de la historia con toda nitidez, ejerciendo oficios distintos y con fortunas diversas. Mi individuo actual es el resultado de mis individualidades desaparecidas. He sido barquero en el Nilo, *leno9* en la Roma del tiempo de las guerras púnicas, rétor griego en Suburra,[9] donde fui devorado por las chinches. He muerto, durante las Cruzadas, por haber comido demasiadas uvas en las playas de Siria. He sido pirata y monje, saltimbanqui y cochero, quizá también emperador de Oriente…

Muchas cosas se explicarían mejor si pudiéramos conocer nuestra genealogía *verdadera*. Porque, al ser los elementos que forman a un hombre limitados, ¿no se deberían reproducir las mismas combinaciones? Así, la *Herencia* es un principio fundado, pero que se ha aplicado mal. Pasa con esta palabra como con tantas otras. Cada uno la toma por un extremo y nadie se entiende. Las ciencias psicológicas se quedarán donde ahora yacen, es decir en las tinieblas y el desvarío, en tanto no tengan *una nomenclatura exacta* y mientras esté permitido utilizar la misma expresión para designar

las ideas más diversas. Cuando uno embrolla las categorías, ¡adiós a la Moral!

¿No le parece a usted, *en el fondo*, que después del 89 se desbarra? En lugar de seguir por la gran ruta que era larga y bella como una vía triunfal, todo el mundo se ha ido por los senderos, y se chapotea en los humedales. ¿No sería quizá sabio volver momentáneamente a Holbach? Antes de admirar a Proudhon, ¿no habría que conocer a Turgot?[10][11]

¿Y qué será de lo CHIC, esa religión moderna? Opiniones chic (o chics): estar *con* el catolicismo (sin creer ni una palabra), estar con el esclavismo, estar con la casa de Austria, llevar duelo por la reina María Amalia, admirar *Orfeo en los infiernos*, ocuparse de los Comicios agrícolas, hablar de deportes, mostrarse frío, ser Idiota, hasta el punto de lamentar los tratados de 1815, esto es todo lo que hay de novísimo.[12][13]

No crea usted que, porque paso la vida intentando hacer frases armoniosas y evitando las asonancias, no tengo, yo también, mis pequeñas opiniones sobre los asuntos del mundo. Helas aquí, y créame que estallaría si me las guardara para mí.

Pero demasiada palabrería. Voy a terminar enojándola.

La obra de Bouilhet se estrenará a principios de noviembre. Así pues, nos veremos dentro de un mes.

Agradezca por mí a sus hijos las cosas amables que de su parte me envía usted.

La abrazo fuertemente, querida maestra, y soy

suyo

5. SAND A FLAUBERT

[Nohant, 1 de octubre de 1866]
Lunes por la tarde

Querido amigo,

Su carta me ha llegado desde París. Así que la tengo. Demasiado hay en ella como para perdérmela. No me habla usted de inundaciones. Supongo, pues, que el Sena no ha hecho barbaridades en su casa y que el tulipero no ha empapado sus raíces. Temo cualquier fastidio para ustedes, y me pregunto si el terraplén ha sido lo bastante alto para protegerlos. Aquí, nosotros no tenemos nada que temer de ese estilo. Nuestros arroyos son bastante traviesos, pero los tenemos lejos.

Dichoso usted, que tiene recuerdos tan nítidos de otras existencias. Mucha imaginación y mucha erudición, he ahí su memoria. Pero, si uno no recuerda nada tan distintamente, llega a tener un sentimiento vivísimo de su propia renovación en la eternidad. Yo tenía un hermano muy gracioso que a menudo decía: cuando yo era perro… Creía ser hombre desde hacía bien poco. Yo creo que he sido vegetal o piedra. No estoy siempre segura de existir completamente, y otras veces creo sentir una gran fatiga acumulada por haber existido demasiado. En fin, no sé, y no podría, como usted, decir: poseo el pasado. Pero, entonces, ¿usted cree que uno no muere, sino que *vuelve a ser*? Si osa decir eso a los incrédulos, tiene valor, y eso es bueno. Yo sí tengo ese coraje, lo cual me hace pasar por imbécil, pero no arriesgo nada: ¡soy imbécil desde tantos otros puntos de vista!

Estaría encantada de tener su impresión por escrito sobre la Bretaña. Yo no he visto lo suficiente como para hablar de ello. Pero buscaba una impresión general, y me sirvió para reconstruir una o dos escenas que necesitaba. También se lo leeré, aunque todavía es un engendro informe.

¿Por qué su crónica se quedó inédita? Es usted *coqueto*; no encuentra todo lo que hace digno de ser mostrado. Es un error. Todo lo que proviene de un maestro es enseñanza, y no debe tener miedo a mostrar sus croquis y sus esbozos. Incluso éstos están muy por encima del lector, y se le dan tantas cosas de su nivel que el pobre diablo permanece en la vulgaridad. Hay que amar a los estúpidos más que a uno mismo, ¿acaso no son ellos los verdaderos desgraciados de este mundo? ¿No son las personas sin gusto y sin ideal las que se aburren, no gozan de nada y no sirven para nada? Es inevitable ser maltratado, escarnecido y desconocido por ellos. Pero no por ello hay que abandonarlos, y siempre hay que tirarles buen pan, que prefieren a la m… Cuando estén hartos de basura, comerán el pan, pero si no lo hay, se comerán la m… *in secula seculorum*.

Le he oído decir a usted: Yo no escribo más que para diez o doce personas. En las charlas se dicen un montón de cosas que son resultado de la impresión del momento. Pero no es el único que lo dice. Es la opinión, o la tesis, *del día*. Yo protesté interiormente. Las doce personas para las cuales escribe y que lo aprecian, lo igualan o lo superan. Y, a su vez, nunca ha tenido necesidad de leer a las once restantes para ser usted. Por lo tanto, uno escribe para todo el mundo, para cualquiera que necesite ser iniciado. Cuando no somos comprendidos, nos resignamos y volvemos a empezar. Cuando lo somos, nos alegramos y continúamos. He ahí todo el secreto de nuestro trabajo perseverante y de nuestro amor por el arte. ¿Qué es el arte sin los corazones y los espíritus donde uno lo vierte? Un sol que no proyectaría sus rayos y que no daría vida a nada. ¿No está usted de acuerdo? Si se convence uno de eso, no conocerá jamás el desánimo ni la pereza. Y si el presente es estéril e ingrato, si perdemos todo efecto, todo crédito entre el público, queda el recurso al porvenir, que mantiene el coraje y borra cualquier herida del amor propio. Cien veces en la vida, el bien que hacemos no parece servir de nada, y no sirve de nada inmediatamente, pero sostiene al menos la tradición de la buena voluntad y el buen hacer sin la cual todo perecería.

¿Es, pues, desde el 89 que se desbarra? ¿No era necesario desbarrar para llegar, no ya al 48, cuando todavía se desbarró más, sino para llegar a lo que

debe ser? Ya me dirá qué piensa usted sobre ello, y yo releeré a Turgot para complacerlo. ¡No le prometo retroceder hasta Holbach, por bueno que sea!

Ya me avisará usted cuando sea el momento de la obra de Bouilhet. Yo estaré aquí, trabajando duro, pero dispuesta a salir corriendo y amándolo de todo corazón. Ahora que prácticamente ya no soy una mujer, si el buen Dios fuera justo, me convertiría en hombre. Tendría así la fuerza física necesaria para decirle: viajemos a Cartago o más allá. Pero, en fin, se retrocede a la infancia, que no tiene sexo ni energía, y es en otra parte, bien lejos, donde uno se renueva. *¿Dónde?* Yo lo sabré antes que usted y si puedo, regresaré para decírselo en sus sueños.

[*sin firma*]

6. SAND A FLAUBERT

[París, 10 de noviembre de 1866]
Sábado por la noche

Al llegar a París me entero de una triste noticia.[14][15] Ayer por la tarde, mientras nosotros charlábamos —e incluso creo que anteayer habíamos hablado de él—, murió mi amigo Charles Duveyrier, el corazón más tierno y el espíritu más cándido.[16][17] ¡Lo entierran mañana! Tenía un año más que yo. Mi generación se va poco a poco. ¿Los sobreviviré yo? No lo deseo ardientemente, sobre todo en días de duelo y de adiós. Que sea lo que Dios quiera, a condición de que me deje amar siempre, en esta vida y en la otra. Guardo hacia los muertos una viva ternura. Pero por otro lado, amo a los vivos. Le doy a usted la parte de mi corazón que él tenía, lo cual, junto a la que usted ya tiene, hace una parte importante. Creo que me consuela hacerle a usted este regalo. Literariamente, Charles no era un hombre de primer orden, le amaba por su bondad y su espontaneidad. Menos ocupado por negocios y filosofía, habría desarrollado un talento encantador. Deja una bella obra, *Michel Perrin*.

Hice la mitad de la ruta sola, pensando en usted, en su madre, en Croisset, y contemplando el Sena, que gracias a usted se ha convertido en una *divinidad* amiga. Después, tuve que soportar la compañía de un hombre y dos mujeres de una imbecilidad ruidosa y falsa como la música de la pantomima del otro día. Ejemplo: «He mirado al sol, me ha dejado dos puntos en los ojos». El *marido*: «Se llaman puntos luminosos». Y así durante una hora, sin parar.

[…] Voy a dormir, estoy destrozada, he llorado como una bestia toda la tarde, y le envío un fuerte abrazo, querido amigo. Quiérame *más* que antes, porque estoy apenada.

7. FLAUBERT A SAND

[Croisset, 12-13 de noviembre de 1866]
Noche de lunes

Está usted triste, mi pobre amiga, mi querida maestra. Pensé en usted al conocer la muerte de Duveyrier. La compadezco, pues sé que lo amaba. Su pérdida se une a tantas otras. ¡Cuántas muertes como ésa tenemos en el corazón! Cada uno de nosotros lleva dentro su propia necrópolis.

Yo me encuentro todo *descoyuntado* desde su partida. ¡Me parece que no la he visto desde hace diez años! Mi único tema de conversación con mi madre es usted. Aquí todos la quieren. ¿Bajo qué constelación nació usted para reunir en su persona cualidades tan diversas, tan numerosas, y tan raras? No sé qué tipo de sentimiento le aporto, pero yo siento por usted una ternura *particular* y que no he sentido antes por nadie. Nos entendimos bien, ¿no es cierto? Fue muy agradable.

Fue tan bueno que no quiero compartir ese placer con nadie. Si se sirve usted de Croisset en algún libro, disfrácelo, para que nadie lo reconozca. Se lo agradeceré. El recuerdo de su presencia aquí es para nosotros dos, para mí. Tal es mi egoísmo.

La eché de menos sobre todo ayer por la tarde, hacia las diez. Hubo un incendio en el almacén de madera vecino. El cielo se puso rosa y el Sena de color de jarabe de grosella. Trabajé con los bomberos durante tres horas, y regresé a casa más rendido que el Turco de la Jirafa.[18][19]

¿Qué han dicho de su obra[20][21] Chilly y Duquesnel?[22][23] ¿Cuándo la estrenarán? ¿Qué hace usted ahora? Las escenas de la Revolución, sin duda…[24][25]

Un periódico de Rouen (*Le Nouvelliste*) ha relatado su visita a Rouen; aunque el sábado, tras haberla dejado, me encontré a unos cuantos Burgueses *indignados* conmigo, porque no la había exhibido a usted. Lo

mejor me lo dijo un magistrado anciano: «¡Ah!, si hubiéramos sabido que ella estaba aquí… nosotros le habríamos… le habríamos… —buscó la palabra durante cinco minutos— "nosotros le habríamos… *sonreído*"». No es que sea mucho, ¿verdad?

[…] Amarla a usted *más* me resulta difícil. Pero la abrazo muy tiernamente. Su carta de esta mañana, tan melancólica, me ha llegado *al fondo*. ¿Acaso nos separamos en el momento en que nos iban a venir a los labios multitud de nuevas cosas? Aún no se han abierto todas las puertas entre nosotros. Me inspira usted un gran respeto y no oso hacerle preguntas.

Adiós, beso su bello y dulce rostro y soy

suyo

8. SAND A FLAUBERT

[París, 13-14 de noviembre de 1866]
Noche del martes al miércoles

[…] He estado dos días enferma. Ya estoy recuperada. Su carta me aporta bienestar. Responderé a todas las preguntas, tal como usted ha respondido a las mías. ¿No es una suerte poderse contar toda la vida? Es bastante menos complicado de lo que creen los burgueses, y los misterios que uno puede revelar al amigo son siempre lo contrario de lo que suponen los indiferentes.

He sido muy feliz durante los ocho días junto a usted. Ninguna inquietud, un buen nido, un bello paisaje, unos corazones afectuosos, y su hermoso y franco rostro que tiene algo de paternal. La edad no importa, se siente en usted una protección de bondad infinita, y una tarde en que llamó a su madre *hija mía*, me vinieron las lágrimas a los ojos. Me costó marcharme, pero la verdad es que le impedía trabajar. Y además, además… una enfermedad de mi vejez es no poder estarme quieta en un sitio. Tengo miedo de atarme demasiado y de cansar. Los viejos deben ser de una discreción extrema. De lejos, puedo decirle cuánto lo amo sin miedo a hacerme pesada. Es usted uno de los *raros* que se mantienen impresionables, sinceros, amantes del arte, no corrompidos por la ambición, no embriagados por el éxito. Ciertamente, usted tendrá siempre veinticinco años ante todas esas ideas que han envejecido, según pretenden los seniles jóvenes de este tiempo. Creo que lo de esos jóvenes es ante todo una pose, pero no deja de ser estúpida. Si es impotencia, es aún peor. Son *hombres de letras* en vez de *hombres*.

Ánimo con la novela.[26][27] Me pareció exquisita; pero es curioso: hay toda una parte de usted que no se revela ni se traiciona en lo que hace, algo que probablemente usted mismo ignora. Acabará saliendo, estoy segura.

Le envío un tierno abrazo, y lo mismo a su mamá, y a su simpática sobrina. […]

[*sin firma*]

9. SAND A FLAUBERT

[París, 16 de noviembre de 1866]

[…] Llevo dos días paseando a mi *Renacuajo*,[28] el ingenierito del que alguna vez le he hablado[29]. Se ha puesto guapo, las mujeres lo miran de reojo, y él no tendría más que hacer que *jirafear*.[30][31] ¡Pero se ha enamorado! Está prometido, debe esperar cuatro años, trabajar para hacerse una posición, ha hecho *un voto*. Usted le diría que es estúpido; pero yo, al contrario, le predico mi moral de viejo trovador. Moral aparte, no creo yo que los jóvenes de esta época sean capaces de afrontar a la vez la ciencia y la copa, las chicas y el noviazgo. La prueba de ello es que nada sale de la joven bohemia.

Buenas noches, mi amigo, y buen trabajo. Pasee un poco, por el amor de Dios, y por el mío. […]

[*sin firma*]

10. FLAUBERT A SAND

[Croisset, 17 de noviembre de 1866]
Sábado por la mañana

No se preocupe por las informaciones relativas a los periódicos. Eso ocupará poco espacio en mi libro, y puedo esperar.

Pero cuando no tenga Usted nada mejor que hacer, póngame en un papel cualquier cosa que recuerde del 48. Después me lo podría desarrollar cuando charlemos. No le pido nada exhaustivo, por supuesto, sino algo que recoja un poco sus recuerdos personales.[32][33]

[…] Si su ingenierito ha hecho un *voto*, y ese voto no le cuesta, hace bien en mantenerlo. En caso contrario, es una pura necedad, entre nosotros. ¿O es que existe la Libertad, si no es en la Pasión? El catolicismo, que no ha pensado más que en impedir los goces, es decir, en restringir la Naturaleza, nos ha habituado en exceso a valorar la castidad. ¡Damos a esas cosas una importancia grotesca! Ya no hay que ser espiritualista, ni materialista, sino *naturalista*. Isis me parece superior a la Virgen, igual que a Venus.

Y desde luego, no, *en mis tiempos* no hacíamos votos parecidos. ¡Claro que nos enamorábamos! ¡Y locamente! Pero todo se mezclaba en un eclecticismo generoso. Y si uno se alejaba de las *Damas*, como yo hice del todo durante dos años (de los 21 a los 23), era por orgullo, como desafío hacia uno mismo, como hazaña. Después de lo cual, uno se libraba a los excesos contrarios. En fin, éramos unos románticos, inflamados, de una ridiculez consumada, pero en floración completa. ¡Lo poco de bueno que me queda viene de aquel tiempo!

Adiós, mi querida maestra. La quiero con ternura y la abrazo con el mismo sentimiento.

¡Sepa Usted que me mima, con todas las *dulzuras* que me envía en sus amadas cartas!

11. SAND A FLAUBERT

[Palaiseau, 22 de noviembre del 1866]

Creo que me traerá felicidad decir buenas noches a mi querido compañero antes de ponerme manos a la obra.

Heme aquí totalmente sola en mi casita. El jardinero y sus herramientas se alojan en el pabellón del jardín, y estamos en la última casa al extremo del pueblo, aislados en la campiña, que es un oasis encantador. Los prados, los bosques, los manzanos como en Normandía; ningún gran río con sus gritos de vapor y su cadena infernal; un riachuelo que pasa mudo bajo los sauces; un silencio… ¡Ah! Pero me parece estar al fondo de la selva virgen: nada suena excepto el pequeño chorro de la fuente que derrama sin cesar sus diamantes al claro de la luna. Las moscas adormiladas en los rincones de la habitación se despiertan al calor de mi fuego. Se habían dejado caer allí para morir, ahora se acercan a la lámpara, presas de una alegría loca, zumban, saltan, ríen, incluso tienen veleidades de amor; pero es la hora de morir, y ¡paf!, en medio de la danza, caen de golpe. ¡Se acabó, adiós al baile!

De todos modos, aquí estoy triste. Esta soledad absoluta, que siempre ha servido a mi ocio y mi recreo, es compartida ahora por alguien que murió aquí, como una lámpara que se extingue, y que siempre está conmigo.[34][35] No creo que sea desgraciado, en la región que él habita; pero la imagen que ha dejado a mi alrededor, que no es más que un reflejo, parece lamentarse de no poderme hablar más. ¡Qué más da! La tristeza no es malsana: nos impide endurecernos.

Y usted, mi amigo, ¿qué hace a estas horas? Cavando también, solo también, porque mamá debe estar en Rouen. ¿Piensa de vez en cuando en su “viejo trovador de péndulo de reloj de pared, que siempre canta y cantará

el amor perfecto”? Y, ¡bueno, sí, ya lo sé! Usted no está hecho para la castidad, eso está claro. […]

Un abrazo con todo mi corazón; me voy a dar voz, si soy capaz, a gentes que se aman al viejo estilo.

[*sin firma*]

No debe usted forzarse a escribirme cuando no le venga en gana. Ninguna amistad verdadera sin libertad *absoluta*.

En París la semana que viene, después en Palaiseau, y después en Nohant. […]

12. FLAUBERT A SAND

[Croisset, 27 de noviembre de 1866]
Martes a las 5 h.

Usted está triste y sola, ahí; yo estoy igual aquí.

¿De dónde vienen, esos accesos de humor negro que nos invaden por momentos? Uno se siente asfixiado, hay que huir. Sube como una marea. Yo me tumbo boca arriba, no hago nada y la oleada pasa.

Mi novela va muy mal por el momento. Añádale a eso las muertes de las que he tenido noticia: la de Cormenin (un amigo de hace veinticinco años), la de Gavarni, y después el resto.[36][37] ¡En fin!, todo pasará.

No sabe usted lo que es estar todo un día con la cabeza entre las manos tratando de exprimirse la maldita testa para encontrar una palabra. En su caso, las ideas fluyen largamente, incesantemente como un río. En el mío, no hay más que un escaso hilo de agua, necesito esfuerzos gigantescos antes de obtener una cascada. ¡Ah, si habré conocido yo las *angustias del estilo*! Total, paso la vida carcomiéndome el corazón y el cerebro. He ahí el verdadero *fondo* de su amigo.

Le pide usted si piensa a veces en "su viejo trovador de péndulo de reloj de pared". ¡Pero claro que sí! ¡Y lo echa de menos! Nuestras charlas nocturnas fueron muy agradables. Hubo momentos en que me retuve para no besuquearla como si fuera un niño grande. ¿No le resonaron los oídos ayer por la noche? Cené en casa de mi hermano, con toda la familia. No se habló de otra cosa que de usted y todo el mundo cantó sus alabanzas. […]

He releído, a propósito de su última carta (y por una asociación de ideas del todo natural) el capítulo del viejo Montaigne titulado «Algunos versos de Virgilio».[38][39] Lo que él dice sobre la *castidad* es precisamente lo que yo pienso. Es el Esfuerzo lo que es bello, y no la Abstinencia en sí. De otro modo, ¿habría que maldecir la carne, como hacen los católicos? ¡Dios sabe

adónde lleva eso! Así pues, a riesgo de hacerme pesado, y de parecer pretencioso, repito que su jovencito se equivoca. Si se reprime a los veinte años, será un viejo verde a los cincuenta. ¡Todo se paga! Las Grandes Naturalezas —que son las Buenas— son ante todo pródigas y no piensan sino en consumirse. Hay que reír y llorar, amar, trabajar, gozar y sufrir, en definitiva, vibrar tanto como sea posible en toda su extensión. He aquí, creo yo, lo verdaderamente humano.

Adiós. Trate de estar serena. Vaya a ver a su niñita, le hará bien. Y piense en su viejo, que la ama y que le envía mil cariños.

13. SAND A FLAUBERT

[*carta no enviada*]
[Palaiseau, 29 de noviembre de 1866]

En París la próxima semana.

No hay que ser espiritualista ni materialista, dice usted, sino naturalista. Ésa es una cuestión importante.

Mi *Renacuajo* (así llamo a mi ingenierito) la resolverá como mejor considere. No es un estúpido, y sopesará las ideas y las deducciones, y las *emociones*, antes de llegar a su conclusión. Yo no lo catequizo sin reservas, porque es más fuerte que yo en estas cuestiones, y no es por cierto el espiritualismo católico el que lo asfixia.

Pero la cuestión es por ella misma muy seria y sobrevuela nuestro arte, el de los trovadores más o menos pendulares o penduloides. Tratémosla de la manera más impersonal que podamos, porque lo que está bien para uno puede ser lo contrario para el otro. Preguntémonos, haciendo abstracción de nuestras tendencias o de nuestras experiencias, si el ser humano puede buscar y alcanzar su entero desarrollo físico sin que el intelecto lo pague. Sí, en una sociedad ideal y racional, así sería. Pero en ésta, en la cual vivimos y con la que nos hemos de conformar, ¿el goce y el abuso no van acaso de la mano? ¿Se los puede separar, limitarlos, a menos que se sea un sabio prematuro? Y si uno lo es, adiós al aprendizaje que es el padre de los goces reales.

La cuestión para nosotros los artistas, es saber si la abstinencia nos fortifica, o si nos exalta demasiado, lo cual degenera en debilidad. Usted me dirá: hay tiempo para todo, y fuerza suficiente para cualquier desgaste. Así pues, usted hace una distinción y pone límites; no se puede hacer de otra forma. La naturaleza, cree usted, pone sus propios límites y nos impide abusar. ¡Ah!, pero no, no es más sabia que nosotros, que también somos